

DESPERTAR

Es muy fácil vivir dormidos. Basta con hacer lo que hacen casi todos: imitar, amoldarnos, obedecer, ajustamos a lo que se lleva, repetimos una y otra vez. Basta vivir buscando seguridad externa e interna. Basta defender nuestro pequeño bienestar mientras la vida se va apagando en nosotros.

Llega un momento en que no sabemos ya reaccionar. Sentimos que nuestra vida está vacía y la llenamos de conocimientos, información y diversiones. Nos falta vida interior y nos engañamos viviendo en movimiento continuo, agitados por la prisa y las ocupaciones. Podemos gastar la vida entera ((haciendo cosas)) pero sin descubrir en ella nada santo ni sagrado.

Desgraciadamente, tampoco la religión logra a veces despertar nuestra vida. Se puede practicar una (<religión dormida>) que da tranquilidad pero no vida. Vivimos tan ocupados en nuestros trabajos y desdichas que jamás tenemos un momento libre en el que podamos sentir qué es amar y compartir, qué es ser amable y solidario. Y sin vivir nada de esto, ¡queremos saber algo de Dios!

Jesús repite una y otra vez una llamada apremiante: «despertad, vivid atentos y vigilantes pues se os puede pasar la vida sin enteraros de nada»). No es fácil escuchar esa llamada pues, de ordinario, no escuchamos a quien nos dice algo contrario a lo que pensamos. Y los hombres y mujeres de hoy pensamos que somos inteligentes y lúcidos.

Para despertar es necesario conocemos mejor. Comenzamos a ser sabios cuando tomamos conciencia de nuestra estupidez. Empezamos a ser más profundos cuando observamos la superficialidad de nuestra vida. La verdad se abre paso cuando reconocemos nuestros engaños. El orden llega a nosotros cuando advertimos el desorden en que vivimos. Despertar es damos cuenta de que vivimos dormidos.

Lo importante para vivir despiertos es caminar más despacio, cuidar mejor el silencio y estar más atentos a las llamadas del corazón. Pero sin, duda, lo decisivo es vivir amando. Sólo quien ama vive intensamente, con alegría y vitalidad, despierto a lo esencial. Por otra parte, para despertar de una «religión dormida» sólo hay un camino: buscar más allá de los ritos y las creencias, ahondar más en nuestra verdad ante Dios y abrimos confiadamente a su misterio.

DESPERTAR LA ESPERANZA

Alguien ha podido decir que "el siglo XX ha resultado ser un inmenso cementerio de esperanzas". La historia de estos últimos años se ha encargado de desmitificar el mito del progreso. No se han cumplido las grandes promesas de la Ilustración. El mundo moderno sigue plagado de crueldades, injusticias e inseguridad.

Por otra parte, el debilitamiento de la fe religiosa no ha traído una mayor fe en el hombre. Al contrario, el abandono de Dios parece ir dejando al hombre contemporáneo sin horizonte último, sin meta y sin puntos de referencia.

Los acontecimientos se atropellan unos a otros, pero no conducen a nada nuevo. La civilización del consumismo produce novedad de productos, pero sólo para mantener el sistema en el más absoluto inmovilismo. Los filósofos postmodernos nos advierten de que hemos de aprender a "vivir en la condición de quien no se dirige a ninguna parte"

Cuando no se espera apenas nada del futuro, lo mejor es vivir al día y disfrutar al máximo del momento presente. Es la hora del hedonismo y del pragmatismo. Una vez instalados en el sistema con cierta seguridad, lo inteligente es retirarse al santuario de la vida privada' y disfrutar de todo placer "ahora mismo".

Por eso, son pocos los que se comprometen a fondo para que las cosas sean diferentes. Crece la indiferencia hacia las cuestiones colectivas y el bien común.

La democracia no genera ya ilusión ni concita los esfuerzos de las gentes para crear un futuro mejor. Cada uno se preocupa de sí mismo. Es la consigna: **"Sálvese quien pueda"**.

Esta crisis de esperanza está configurada por múltiples factores, pero, probablemente, tiene su raíz más profunda en la falta de fe del hombre contemporáneo en sí mismo y en su progreso, la falta de confianza en la vida.

Eliminado Dios, parece que el ser humano se va convirtiendo cada vez más en una pregunta sin respuesta, un proyecto imposible, un caminar hacia ninguna parte.

¿No estará el hombre de hoy necesitando más que nunca al **"Dios de la esperanza"**? (Rm 15,13)

Ese Dios del que muchos dudan, al que bastantes han abandonado, pero un Dios por el que tantos siguen preguntando.

Un Dios que puede devolvernos la confianza radical en la vida y descubrirnos que el ser humano sigue siendo "un ser capaz de proyecto y de futuro".

La Iglesia no debería olvidar hoy **"la responsabilidad de la esperanza"** pues ésta es la misión que ha recibido de Cristo resucitado. Antes que "lugar de culto" o "instancia moral", la Iglesia ha de entenderse a si misma y vivir como **"comunidad de la esperanza"**.

Una esperanza que no es una utopía más, ni una reacción desesperada frente a las crisis e incertidumbres del momento. Una esperanza que se funda en Cristo resucitado. En él descubrimos los creyentes el futuro último que le espera a la humanidad, el camino que puede y debe recorrer el hombre hacia su plena humanización y la garantía última frente a los fracasos, la injusticia y la muerte.

Comenzamos hoy el Adviento, escuchando una vez más el grito de Jesús: **"Velad, vigilad"**.

Es una llamada a despertar la esperanza.

VIVIR DESPIERTOS

Jesús no se dedicó a explicar una doctrina religiosa para que sus discípulos la aprendieran correctamente y la difundieran luego en todas partes. No era éste su objetivo. El les hablaba de un (acontecimiento) que estaba ya sucediendo: ((Dios se está introduciendo en el mundo. Quiere que las cosas cambien. Sólo busca que la vida sea más digna y feliz para todos)).

Jesús le llamaba a esto el «reino de Dios»). Hay que estar muy atentos a su venida. Hay que vivir despiertos: abrir bien los ojos del corazón; desear ardientemente que el mundo cambie; creer en esta buena noticia que tarda tanto en hacerse realidad plena; cambiar de manera de pensar y de actuar; vivir buscando y acogiendo el (reino de Dios).

No es extraño que, a lo largo del evangelio, escuchemos tantas veces su llamada insistente: ((vigilad)), «estad atentos a su venida», «ivid despiertos». Es la primera actitud del que se decide a vivir la vida como la vivió Jesús. Lo primero que hemos de cuidar para seguir sus pasos.

«Vivir despiertos» significa no caer en el escepticismo y la indiferencia ante la marcha del mundo. No dejar que nuestro corazón se endurezca. No

quedamos sólo en quejas, críticas y condenas. Despertar activamente la esperanza.

"Vivir despiertos" significa vivir de manera más lúcida, sin dejarnos arrastrar por la insensatez que, a veces, parece invadirlo todo. Atrevemos a ser diferentes. No dejar que se apague en nosotros el deseo de buscar el bien para todos.

«Vivir despiertos») significa vivir con pasión la pequeña aventura de cada día. No desentendemos de quien nos necesita. Seguir haciendo esos «pequeños gestos» que, aparentemente, no sirven para nada, pero sostienen la esperanza de las personas y hacen la vida un poco más amable.

«Vivir despiertos)) significa despertar nuestra fe. Buscarle a Dios en la vida y desde la vida. Intuirlo muy cerca de cada persona. Descubrirlo atrayéndonos a todos hacia la felicidad. Vivir, no sólo de nuestros pequeños proyectos, sino atentos al proyectos de Dios.

REACCIONAR

Se dice que en las sociedades desarrolladas se está disolviendo la fe en Dios. No se advierte, sin embargo, que lo que se está perdiendo no es sólo la dimensión religiosa, sino las mismas raíces donde se asienta el ser humano. Lo que queda fuera de la ciencia, la técnica o la economía parece siempre menos real e importante. Lo materia] se ha apoderado de muchas vidas arrasando cualquier otro tipo de ideales estéticos, espirituales o altruistas. Ser «humano» ya no es una aspiración noble, sino un lenguaje cada vez más anacrónico.

El progreso, tal como se está desarrollando, no genera personas más fuertes, sino más débiles.

No está creciendo la capacidad para una comunicación más honda; lo que se extiende cada vez más es el aislamiento, los contactos fugaces y las relaciones pasajeras y superficiales.

No se fortalece la libertad interior, sino que aumentan las dependencias. De hecho, se esta debilitando la («responsabilidad moral», pues las gentes se someten a modas y corrientes de opinión sin apenas capacidad para escuchar su propia conciencia.

¿Qué hacer? ¿Resignarse, maldecir el progreso, seguir apoyando la inconsciencia?

Sin duda, lo importante es sanar las raíces del ser humano y su capacidad de reacción. Y es precisamente entonces cuando aparece en toda su gravedad un dato del que Europa comienza a tomar conciencia.

Estamos ya viviendo, según muchos, en ese «mundo simulado», cada vez con menos capacidad para distinguir el mundo real y el reproducido artificialmente por los medios de comunicación.

Pero hay algo más grave. La televisión nos está privando de nuestras propias imágenes, nuestro lenguaje y nuestro pensamiento propio. Todo se nos impone desde fuera, y corremos el riesgo de convertirnos en esos ((analfabetos satisfechos)).

En este contexto cobra nueva fuerza la llamada de Jesús: «**Vigilad**».

No basta alimentarse del último «flash» televisivo. No todo ha de ser entretenimiento o diversión. Para ser humana, la persona necesita cultivar el espíritu, escuchar su conciencia, alimentar otras dimensiones, abrirse al misterio, acoger a Dios.

Esta es la llamada profunda de este tiempo de Adviento que hoy comienza.